

LAS SIETE PALABRAS DE JESÚS EN LA CRUZ

Introducción.

La crucifixión de Jesús es uno de los relatos más extraordinarios que tratamos durante la semana santa. Recordamos los sufrimientos de Jesús: su pasión, celebramos su victoria sobre el pecado: nuestra salvación, y todo ello nos mueve a la adoración. Así nos llenamos de profundos sentimientos por su muerte, pero a la vez cantamos emocionados y llenos de gratitud.

Durante las horas que estuvo clavado en la cruz, el Señor exclamó siete frases memorables que se han venido en llamar «**Las Siete Palabras**». Fueron sus últimas palabras. Con estas breves frases Jesús pronuncia el mensaje más profundo que se haya predicado jamás, una verdadera síntesis del Evangelio. Allí encontramos resumido:

- ❖ lo más extraordinario del carácter de nuestro Señor
- ❖ y del plan divino para con el ser humano. El «*Sermón de las Siete Palabras*» ha inspirado innumerables predicaciones y escritos a lo largo de los siglos.

Su contenido, pero en especial del orden en que Jesús pronuncia estas frases; a simple vista parece algo casual, pero un análisis detallado nos muestra cómo este orden es profundamente significativo porque refleja las prioridades del Señor y es un reflejo formidable de su carácter y de su corazón. Es en la cruz donde la belleza del carácter de Cristo alcanza su máximo esplendor. **En la hora de la mayor oscuridad, sus palabras brillan como oro refulgente.** Profundizar en estas «Siete Palabras» de Jesús nos ayuda a amarle más a él y moldea el acercamiento hacia las personas, en especial las que sufren, a lo largo de sus vidas.

El corazón amoroso de Jesús en la cruz

La sensibilidad de Jesús hacia su prójimo, su amor y preocupación por los que estaban a su lado, alcanzan en estas frases un clímax esplendoroso. Lo más natural en las horas previas a una muerte por condena es que la persona se concentre en sí misma, en sus pensamientos y emociones, alejándose de su entorno en un proceso de ensimismamiento tan lógico como comprensible. Incluso cuando esta muerte es por enfermedad, todos entendemos que el centro no son los demás, los que le acompañan, sino aquel que está a punto de partir.

En la cruz ocurre exactamente lo contrario: Jesús se olvida de sí mismo y de sus necesidades (que expresará más tarde) y se concentra en los que están con él, no importa que sean sus enemigos -los que le estaban torturando-, unos simples desconocidos -los malhechores- o un ser tan amado como su madre. Para todos tiene las palabras justas que necesitaban. A cada uno de ellos el Señor le habla conforme a su necesidad tal como se profetizó 400 años antes: **«El Señor me dio lengua de sabios para saber hablar palabras...» (Is. 50:4).**

Nunca nadie ha tenido una demostración tan grande de amor en la hora de la muerte, un corazón pastoral tan genuino. Pero **el Buen Pastor** (Jn. 10:7-21), el Príncipe de los Pastores (1 P. 5:4) **murió pastoreando**. Las palabras de Jesús en la cruz contienen como un tesoro comprimido la esencia del carácter divino y del Evangelio: su profundo amor hacia todos sin excepción, su sensibilidad exquisita hacia los que sufren, su sabiduría para hablar a cada uno

según su necesidad. En las tres primeras frases -«palabras»- Jesús muestra una preocupación intensa por los que estaban cerca de él, todos aquellos que en aquella hora de angustia y dolor supremo eran su prójimo. A cada uno de ellos le da la palabra que más necesitaba:

1. Palabras de perdón a sus enemigos: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen» (Lc. 23:34).

Es difícil imaginar las horas que antecedieron al hecho de la crucifixión. Había sido tomado prisionero mientras oraba amargamente en el huerto de Gelsemani, sus discípulos lo habían abandonado. Sometido a juicio y torturado, condenado y obligado a llevar su propia cruz. Pero aquel, que tenía el poder de tan solo con un despliegue de su majestad divina haber aterrado a sus verdugos, se somete a las pruebas y a las afrentas más viles, y ahora le podemos contemplar allí a Jesús, clavado en una cruz, su rostro pálido, pero sereno y su mente trascendiendo los más profundos sentimientos humanos, sentir compasión por aquellos verdugos que le quitaban la vida, y pedir perdón por ellos.

Jesús muere perdonando. Todo el acto salvífico en la cruz simbolizaba el perdón divino (Jn. 3:14-15). Es necesario que el Hijo del Hombre muriera en una cruz para traer perdón y vida eterna.

Pero era conveniente hacer explícito este perdón con palabras claras, audibles, contundentes, con una fuerza emocional arrolladora y una autoridad espiritual definitiva.

- ❖ Al exclamar «Padre, perdónalos...», Jesús pone de manifiesto el sentido de su venida a este mundo. De hecho el nombre Jesús significa precisamente **«Y llamarás su nombre JESUS, por que él salvará a su pueblo de sus pecados»** (Mt. 1:21). La petición de perdón no se refería solamente a los que de forma directa le estaban humillando -los soldados y autoridades religiosas-, sino a todo ser humano (como nos describe con detalle el impresionante cántico de Isaías 53)
- ❖ En la cruz, Jesús nos enseña que el perdón puede ser unilateral, no requiere dos partes a diferencia de la reconciliación. Yo puedo -y debo- perdonar aunque mi ofensor no me haya pedido perdón. Esteban, bajo la furia de las piedras que lo estaban matando, fue el primero en imitar de forma modélica a su Maestro y Señor (Hch. 7:60). Nosotros somos llamados a hacer lo mismo.

2. Palabras de salvación a unos malhechores: «De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el Paraíso» (Lc. 23:43).

Jesús murió acompañado de dos desconocidos. Probablemente nunca estos dos malhechores habían cruzado palabras con el Señor. La historia es conocida: a las puertas de la muerte, uno de ellos tiene temor de Dios y le ruega a Jesús: «Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino» (Lc. 23:42). La respuesta es tan inmediata como clara. Jesús le da aquello que más necesitaba en aquel momento: esperanza, la esperanza que nace de la salvación en Cristo y que sería para él «un fortísimo consuelo» (Heb. 6:18) en las interminables horas de martirio que iban a seguir.

Por cierto, la actitud de Jesús, llena de misericordia, nos recuerda que es posible ser salvo si de veras se invoca al Señor de todo corazón, desde lo profundo del alma y con humildad, tal como hizo el ladrón en la cruz.

“Entonces Jesús le dijo: De cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”

Dos posiciones respecto a la salvación de Cristo representada en dos hombres pecadores y condenados:

- El uno: ve motivos de burla.
- El otro: ve un motivo de fe.

- El uno: ve a un pobre loco fanatizado a punto de morir.
- El otro: ve a Dios.

- El uno: injuria y se burla al ver al cuerpo debilitado por los azotes:
- El otro: al mirar a aquella persona martirizada hasta la muerte, a aquel hombre moribundo que ha sido abandonado por todos, reconoce en Él al Señor y le suplica que se acuerde de él, cuando venga en su reino, y en ese mismo momento recibe la salvación. “... de cierto te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso”

Esa clase de fe es la que agrada a Dios, una fe salvadora. Por una fe como esta Abraham fue tenido por justo, los muros de Jericó se cayeron ante Josué. Es el tipo de fe que purifica, que salva es la que tú necesitas para alcanzar la Salvación de Jesús.

El que reconoce su culpa, incluso en el último momento, hallará una puerta abierta a la comunión eterna con Dios. Una de las características del arrepentimiento genuino es aceptar el castigo que merecemos: "Nosotros, a la verdad, justamente padecemos (v.42)". La sorpresa del evangelio es que aquel que se condena a sí mismo, es absuelto. El criminal al lado de Jesús recibió

acceso al paraíso, el lugar de absoluta inocencia en la presencia de Dios.

Oración: Señor yo creo en ti. Yo no he visto salida hasta este momento, todas las puertas de mi vida las he visto cerrada. Hasta el momento creí no encontrar solución para mi triste y vagabunda vida...pero ahora estoy seguro. Mi corazón late de fe y esperanza como la que aquel hombre en la cruz. Yo creo en ti Señor, yo creo en ti. Tus puertas se abren de par en par, y como aquel hombre yo entraré y cenaré contigo en el paraíso. ¡Gloria al nombre de Jesús!

3. *PALABRA DE AMOR: MUJER, HE AHÍ TU HIJO, Juan 19:26*

“Cuando vio Jesús a su madre, y al discípulo a quien él amaba, que estaba presente, dijo a su madre: Mujer, he ahí a tu hijo”

Para los judíos una mujer que se queda sola es signo de maldición. Desde la Cruz Jesús ve a María y no estando nadie con ella (José ya había muerto), la encarga al cuidado de Juan.

En medio del tormento Jesús se acordó de su madre. Muchas veces creemos que por el hecho de estar atravesando por dificultades, por pruebas o necesidades, quedamos eximidos de deber de ayudar a nuestros semejantes o de consolar a nuestro prójimo. Como la viuda pobre, siempre encontraremos la manera de dar dos blancas para los necesitados. Tenemos también ocasión de llevar lo espiritual que hemos recibido, con la condición de que no lo guardemos para nosotros y decir como Pablo, soy pobre, pero he enriquecido a muchos.

Tres horas de oscuridad. Desde el mediodía hasta las tres de la tarde.

4. PALABRA DE DOLOR ESPIRITUAL: DIOS MIO, DIOS MIO, ¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO?”, Mateo 27:46. Mr 15:34

“Cerca de la hora novena, Jesús clamó a gran voz, diciendo: Eli, Eli, ¿lama sabactani?. Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has desamparado?

El Salmo 22 comienza con un grito de angustia y termina con un canto de alabanza. Es el versículo primero de este Salmo el que Jesús cita en este pasaje.

No fue sufrimiento físico el que movió a Jesús a clamar. Durante todo su vida el Hijo del hombre había caminado delante de su Padre, siendo perfecto, pero ahora cuando la presencia de Padre le era quizás más necesaria siente que esta le falta. Y es que un Dios de santidad infinita no puede soportar la contemplación del pecado y Jesús había sido hecho pecado. En aquel momento sobre el cordero santo gravaba el peso del pecado de todos los hombres

“Jehová cargó en Él el pecado de todos nosotros” Is. 53:6.

En consecuencia el Padre aparta la mirada del Hijo Jesús al sentir la desolación. En esos momentos de dolor y aflicción el eterno Hijo de Dios se dirige al único que puede dar consuelo verdadero. Jesús encuentra su refugio en la oración, nosotros que hacemos.

5. PALABRA DE DOLOR FISICO: “TENGO SED”, Juan 19:28

“Después de esto, sabiendo Jesús que ya todo estaba consumado, dijo para que la escritura se cumpliese: Tengo sed.

Jesús es Dios. Esta es una verdad eterna, pero al mismo tiempo es hombre y en estos momentos aquí en la cruz, vemos al hombre Jesucristo padecer sed después de haber sufrido largo tiempo a manos de sus verdugos. Pero la sed de nuestro Señor no es solo fe física, sino que también tiene sed de que los hombres asumamos el sacrificio que él hizo para darse a sí mismo en la cruz.

Pero a Jesús no le dieron agua para calmar su sed. En el Salmo 69:21; el Espíritu Santo hace decir al Salmista “en mi sed me dieron a beber vinagre...” ¿Qué estamos dando nosotros al Señor? Cuando nos habla de la sed que tiene de que llevemos una vida de santidad.

Que estamos dando al Señor cuando nos habla de la sed que tiene de que tomemos muestra cruz, la cruz del sacrificio y le sigamos. ¿Qué estamos dando a Jesús, agua o vinagre?

6. PALABRA DE VICTORIA. CONSUMADO ES, Juan 19:30

“Cuando Jesús hubo tomado el vinagre, dijo: Consumado es. Y habiendo inclinado la cabeza entregó el Espíritu”

Sin este verso no podemos entender la necesidad de la cruz. Jesús entendió la necesidad de su muerte. No estaba muriendo simplemente como un mártir para tratar de inspirar heroísmo en sus seguidores, estaba muriendo voluntariamente por el pecado del mudo, sabiendo perfectamente que por medio de su muerte Él daría un golpe de muerte al poder de Satanás y consumiría la redención de la humanidad perdida. La cruz no fue en ningún sentido un fracaso, fue más bien la revelación de la sabiduría y del poder divino, del amor y de la gracia. Fue la victoria del amor encarnado logrando la redención eterna.

Había terminado la agonía de Jesús al redimir a la humanidad caída, y su obra de redención había sido consumada. Había llevado el castigo por el pecado y abierto el camino a la salvación para todos.

7. PALABRA DE ENTREGA. PADRE EN TUS MANOS ENCOMIENDO MI ESPÍRITU, Lucas 23:46

“Entonces Jesús, clamado a gran voz, dijo: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. Y habiendo dicho esto, expiró”

Después de haber finalizado su obra, Jesús entregó voluntariamente el Espíritu en las manos del Padre, signo de absoluta confianza y seguridad, sabiendo que en las manos de Dios su Espíritu estaría seguro, hasta el día de su resurrección. Esteban en la hora de su muerte dijo “Señor Jesús recibe mi espíritu” Hch 7:9) Esto nos enseña que los cristianos en la hora de la muerte nos sentimos seguros ya que nuestro espíritu estará en las manos más tiernas y amorosas, en las manos de nuestro Señor.

Conclusiones: El carácter de Cristo puesto de manifiesto en toda su plenitud a la hora de su muerte. El Plan divino de Salvación resumido en unas pocas palabras antes de su muerte: Los más importante y extraordinario para el Hombre.

1. El Perdón: Padre perdónalos...
2. La Salvación: Hoy estarás conmigo en el paraíso.
3. El Amor y la Protección de Dios: Cuidado de su madre.
4. El abandono del pecado: El pecado aleja a Dios.
5. La Sed de Salvación: Tengo sed.
6. La Victoria: Consumo es...
7. La vida eterna. El espíritu en las manos tiernas de Dios.